

EL UNIVERSAL

Cono Sur

Sangre, Sudor y Lágrimas

Por MIGUEL ANGEL PICCATO

El reciente episodio que ha lesionado tan seriamente las relaciones entre Venezuela y Uruguay, da otra vuelta de tuerca al sombrío panorama del cono sur del Continente. La penosa situación política que padecen hoy los pueblos de la Argentina, Chile y Uruguay, por no citar más que aquellos a los que concretamente queremos referirnos, suscita una apasionada interrogación: ¿por qué en esos países supuestamente beneficiados por una fuerte y más o menos reciente corriente inmigratoria europea, que han presumido siempre, además, de su europelismo frente al resto de la América mestiza y cuyas comunidades tienen un elevado nivel medio de cultura se están generando cosas verdaderamente inéditas en punto a la degradación de la condición humana?

Cuando el reciente y malhadado gobierno de la viuda de Juan Domingo Perón mostró sus delirantes entretelas, los argentinos murmuraban comparaciones entre ella y el pintoresco uganés Idi Amin. Era, quizás, una manera de autoconvencerse de que esas cosas realmente no podían suceder en la Argentina, un país que a lo largo de su joven historia trató sutil pero inexorablemente de cortar su cordón umbilical con el indio y el mestizo antecedentes. Ese leve —o tal vez grave— pecado de presunción se está pagando ahora bajo un gobierno donde ya no hay ex bailarinas de cabaret, ni astrólogos, ni brujos, pero bajo el cual se sigue asesinando y se siguen perpetrando los más atroces atentados contra la dignidad de las personas.

Respecto del Chile de Pinochet poca queda por agre-

gar, como no sea para acentuar la tristeza y la vergüenza. Y en Uruguay bastó que un mediocre ambicioso, por el azar de un sistema electoral tramposo y absurdo, accediera a la presidencia de la república, para que la compleja y sofisticada estructura de esa democracia de la que alguna vez también se presumió, se viniera al suelo con estrépito, con sangre y con infamias.

Esos países coinciden y se singularizan en que los tres, de una u otra forma, han quemado las naves con su propia historia, la han subestimado, la han despreciado y hasta, no pocas veces, la han negado. Y la historia cobra muy caro los errores que se cometen con ella.

Como a ese equívoco han sumado el de despreocuparse de la importancia que para una comunidad tiene su continuidad política (cuya saludable relevancia conocen o debieran conocer los mexicanos, que nos beneficiamos inteligentemente de ella), no podían esperar, en rigor de verdad, un presente menos sombrío que el que les están deparando las camarillas del generalato que, embozada o desembozadamente, ejercen el poder haciendo una rara y siniestra mezcla de crímenes, torturas, recetas económicas reaccionarias y censura de prensa y de ideas. Una de las últimas medidas del gobierno argentino lo pinta de cuerpo entero: prohibió a un conjunto teatral parisiense, que actuaba o iba a actuar en Buenos Aires con el auspicio de la embajada de Francia, representar una obra con textos de Voltaire, porque Voltaire,

para el general Videla, es subversivo.

Es coherente, por cierto, que Voltaire parezca un sujeto subversivo para el presidente argentino y para sus pares. Así como es coherente que los generales persigan y repriman a las ideas y a quienes las generan. En verdad, entre los generales y las ideas hay un viejo pleito que difícilmente se resuelva alguna vez.

Y hablando asimismo de

coherencia, a partir de esta primera y muy provisoria aproximación al tema, es de alguna manera coherente —sin dejar de ser penoso— que estas tres naciones siempre tan desdeñosas de lo que fueron y tan orgullosas de lo que malamente trataban de ser, hayan devenido en sendos dramas cuya inevitabilidad no aminora, de ninguna forma, el sentimiento de dolor que suscitan en el espíritu de los hombres libres.